

LA AMISTAD EN SAN AGUSTÍN

TEÓFILO VIÑAS ROMÁN, OSA

Para los portavoces del pesimismo existencialista, cuyo más significado representante fue Jean-Paul Sartre, "*el hombre nace y muere solo y, únicamente engañándose, puede, entre estos dos acontecimientos capitales, creer que no está solo*". Ante estas palabras surge, inmediatamente, una pregunta: ¿este pesimismo puede apoyarse en la experiencia? Y nuestra respuesta es, rotundamente, negativa. Porque no es verdad que la mayoría de los niños vengan al mundo privados de una ternura y un amor cuya marca se imprime profundamente en su alma y puede preservarlos del complejo de abandono a lo largo de su vida. También es frecuente encontrar moribundos que han mantenido, hasta su último aliento, la comunión más intensa con quienes los han amado hasta el fin de sus días (cf. LEPP, I., *Psicoanálisis de la amistad*, Buenos Aires 1976, p. 11).

Hay, sin embargo, existencias rotas, hombres y mujeres aislados y solitarios, lo que no impide afirmar que los seres humanos, por su propia naturaleza, ni nacen solos ni mueren solos, ni mucho menos están condenados a vivir en soledad, puesto que en toda persona humana existe una *llamada* a realizarse plenamente en su vivir con los demás. Lo que sí se puede afirmar es que, cuando uno tiene capacidad de tomar decisiones sobre su propia vida, no atender a esa llamada y la existencia de impedimentos externos que no permitan escucharla han de ser apuntados como causas de muchos fracasos. Nos situamos, de este modo, ante el tema de la amistad que tiene en san Agustín una importancia singular por su pensamiento y su experiencia.

1. VOCACIÓN UNIVERSAL A LA AMISTAD

Las ciencias humanas –psicología, sociología, antropología– coinciden en afirmar que todo hombre es un ser que lleva enraizada en su propia naturaleza una inclinación, una llamada a la comunicación. Más aún, a la comunión, y que es un ser radical y vocacionalmente *dialogal*. Y lo es, porque, en lo más íntimo de sí mismo, existe una voz que le llama a compartir su vida con los otros. De modo que bien podemos decir que el ser del hombre es un "ser-con" y su vivir un "con-vivir". Si esto es así, un "hombre-isla" sería un ser antihumano.

Esta relación interpersonal es una de las dimensiones del psiquismo humano más puestas de relieve por la filosofía personalista, nacida muy significativamente tras la tragedia de la Primera Gran Guerra del siglo XX, a la que había dado lugar justamente el convencimiento de que "*un hombre siempre es un lobo para otro hombre*". "*La relación del yo y el tú* –decía M. Nedoncelle– *entra como algo esencial en el ser mismo del yo*" (*La personne humaine et la nature*, París 1943, p. 4). Y según E. Mounier, el pensador más representativo del personalismo, "*se podría afirmar que yo no existo sino en la medida en que existo para el otro; mejor aún, ser es amar*" (*Le personalisme*, París 1961, p. 37).

En efecto, no es posible encontrarse uno a sí mismo sino *en y desde* los demás. En esta línea pueden ser interpretadas las palabras "yo soy yo y mi circunstancia" de Ortega y Gasset, ya que, de todo lo que "está a nuestro alrededor" (circum-stare), nada más *circunstante* y *concerniente* a cada uno que el otro, sin el cual, como amigo precisamente, no se llegaría a ser la persona que está llamado a ser. Por lo que bien se puede afirmar que *un hombre cerrado sobre sí mismo está mucho más cerca de los homínidos que de los hombres civilizados*. Y que son las ciencias humanas las que fundamentan esta afirmación lo pone de relieve el Concilio Vaticano II:

"La persona humana, por su misma naturaleza, tiene absoluta necesidad de la vida social. La vida social no es, pues, para el hombre una sobrecarga accidental. Por ello, a través del trato con los demás, de la reciprocidad de servicios, del diálogo con los hermanos, la vida social engrandece al hombre en todas sus cualidades y lo capacita para responder a su vocación" (Gaudium et spes, 25)

Ahora bien, en la relación amistosa, o al menos en el intento sincero de hacer amigos, es donde la persona humana alcanza a satisfacer esa necesidad, que bien puede ser considerada como una de sus necesidades primarias.

Que esto es así ya nos lo dijeron los viejos filósofos griegos y romanos, los primeros en tratar, pormenorizadamente, los temas de la amistad. En relación a la necesidad de la amistad para la vida, hacen afirmaciones que no dejan lugar a duda. Basten sólo estos nombres: Platón, pone en boca de su maestro Sócrates esta confidencia: *"Podéis creerme, prefiero un amigo a todos los tesoros de Darío; tan grande es mi avidez de amistad"* (Lisis, 211c). Por su parte, Aristóteles nos dirá que *"la amistad es lo más necesario para la vida"* (Ética a Nicómaco, VIII,1155) En el mundo romano, Cicerón se expresa en estos términos: *"sin amistad no hay vida digna de un hombre libre"* y *"suprimir la amistad de la vida es lo mismo que eliminar al sol del mundo"* (Laelius de amicitia, XIII, 47)

Después de ellos, los grandes pensadores de todos los tiempos – creyentes o no– confiesan que, desde la simple exigencia de la naturaleza humana, la amistad es absolutamente necesaria en la vida. El monje cisterciense Elredo de Rieval opina que *"nada hay más dulce y nada más útil que la amistad"* (De spirituali amicitia, II,1). Santo Tomás de Aquino dirá que *"en la sociedad humana es máximamente necesario que haya amistad entre muchos"* (III Contra Gentes, 125). Para E. Kant, la amistad tiene categoría de auténtico *imperativo categórico* (cf. P. LAÍN ENTRALGO, *Sobre la amistad*, Madrid 1985, p. 114) ; *"Apenas podría yo conceder el título de hombre –afirmó Shatesbury– a quien nunca se hubiese llamado a sí mismo o no hubiese sido llamado amigo"* (Citado por P. LAÍN ENTRALGO, *op. cit.*, p. 367).

Y si esta necesidad se afirma desde la simple consideración de lo que es el ser humano, ¿qué no será cuando éste es creyente? El creyente sabe que esa vocación la ha depositado Dios en lo más íntimo de sí mismo y en la respuesta positiva a ella se descubre, como en ninguna otra dimensión, el *"haber sido creado a su imagen y semejanza"*. Ahora bien, si *"Dios es amistad"*

(en sí mismo y hacia fuera), como dice Elredo de Rieval parafraseando acertadamente el conocido texto de san Juan "*Dios es amor*"(1 Juan 4,16), el hombre sólo realizará esta imagen en la medida en que viva la amistad. Por su parte añade san Agustín: "todo es odioso para el hombre si no tiene amigos" (*Carta* 130,2,4). A estos testimonios se podrían añadir los de innumerables pensadores cristianos. Basten sólo estos tres:

"El hombre que da la espalda a los otros, que renuncia a su amistad, ha renunciado simultáneamente a su propio despliegue personal; es un auténtico homicida en el sentido psicológico, se vuelve su propio carcelero, su propio sepulcro. Si el hombre privado absolutamente de todo contacto humano resulta un monstruo, el que sólo se encuentra con los demás a un puro nivel superficial lleva en lo oculto de su personalidad rasgos de un monstruo" (A. ALAIZ, *La amistad es una fiesta*, Madrid 1972,p. 367).

"No puedo concebir –añade R. Voillaume– que un hombre sin amigos pueda ser perfecto. En todo caso, sé que será profundamente desgraciado" (*Irmão de todos*, Petrópolis 1973, p. 101).

"Quien no tenga amigos no podrá tener sino una concepción pesimista de la vida y de la condición humana, cualesquiera sean, por lo demás, las satisfacciones que le ofrezca la existencia. Una verdadera amistad, por el contrario, permite disfrutar de felicidad y alegría aun en medio de las peores tribulaciones" (I. LEPP, *op. cit.*, p. 22).

Es cierto: una persona sin amigos no puede ser feliz. No se puede pecar impunemente contra la propia vocación y pretender la felicidad por otros caminos. Y es que si, como afirmó categóricamente Lord Byron, "*la felicidad nació gemela*", han de ser dos, al menos, los que la compartan, como amigos precisamente. Tal amistad es, sin duda, la fuente misma de una alta dosis de felicidad. Ahora bien, aunque se acepte teóricamente todo esto, no son pocos los que no hacen nada, o casi nada, por vivir su relación interpersonal en clave de amistad, que sería la única que los haría salir de ese estado de infelicidad y sin sentido en su vida.

En conclusión: Si en la amistad se encuentra la felicidad, su búsqueda ha de ser considerada como otra de las exigencias más hondas del ser humano. En todo caso, si la amistad no se la entiende como la entendió san Agustín, es decir, abierta a la transcendencia, nunca podrá ser hallada del todo. Lo afirma san Agustín con su palabra y, sobre todo, con su vida.

PARA EL DIÁLOGO

- ¿Qué estimación tiene la amistad en la sociedad contemporánea?
- En un mundo sumamente práctico, ¿crees que la amistad también es un valor funcional?
- ¿Por qué las amistades de los adultos –lo mismo que las de los jóvenes – son hoy tan inestables?

2. TEORÍA DE LA AMISTAD EN SAN AGUSTÍN

No debería ser necesario ponerle adjetivo alguno a la palabra amistad y, sin embargo, muchas veces san Agustín la hace acompañar del calificativo *verdadera*. Con ello quería denunciar no sólo las amistades *falsas*, que él llama *amistades enemigas* (las que llevaban a los que se consideraban 'amigos' a practicar el mal), sino también las *incompletas*, es decir, aquellas a las que, desde su visión cristiana de la existencia, les faltaba un elemento esencial, como era la presencia del Dios amigo.

Definir, pues, la amistad como "amor recíproco" entre dos o más personas no basta para que a la amistad se la pueda calificar de *verdadera* (plena). Agustín, desde su fe cristiana, entiende que ese amor ha de estar abierto a Aquel que dijo: "*vosotros sois mis amigos*" y "*amaos unos a otros como yo os he amado*" (Juan 15,12-14); en otras palabras, los que dicen amarse mutuamente han de hacerlo como Él lo hizo; mejor aún, habrán de tenerlo a Él como primer amigo. No puede ser más explícito y elocuente el siguiente pasaje de Agustín:

"Nadie puede ser verdaderamente amigo del hombre si no lo es primero de la Verdad misma, y si tal amistad no es gratuita, no existe en modo alguno. Sobre este punto hablaron hartos los filósofos. Mas no se encuentra en ellos la verdadera piedad, es decir, el veraz culto a Dios, del que es menester derivar todos los oficios de una vida recta. Y no por otro motivo, a mi juicio, sino porque quisieron fabricarse a su modo una vida bienaventurada, y estimaron que esa vida había que fabricarla más bien que impetrarla, y el que la otorga no es otro que Dios. Tan sólo el que hizo al hombre hace bienaventurado al hombre" (*Carta 155, 1-2*).

No es un capricho personal que la palabra *Verdad* yo la haya escrito con mayúscula, considerándola así como el nombre de quien se definió a sí mismo como la Verdad; y ello, porque en aquel momento san Agustín, además de tener en cuenta que el amigo nunca ha de ocultar la verdad al amigo, por su mente debió de pasar el pasaje evangélico en el que Cristo se definió a sí mismo como *Camino, Verdad y Vida* (Juan 14,6), al tiempo que se revelaba también como *amigo* ("*vosotros sois mis amigos* "). Por otra parte, "¿qué cosa es la amistad –se pregunta–, cuyo nombre viene de amor y nunca es fiel sino en Cristo, en el cual solamente puede ser eterna y feliz?" (*Réplica a las dos cartas de los pelagianos 1,1*). Por lo mismo, "nadie puede ser verdaderamente amigo del hombre si no lo es primero de la Verdad misma", que es Cristo.

Ahora bien, teniendo en cuenta que la amistad es lo mismo que "amor mutuo", semejante al que había mostrado Jesús a sus Apóstoles, he aquí otro texto verdaderamente antológico. La *verdadera amistad* no sólo es *llamada*, – comenta san Agustín–, sino también *don y regalo* del propio Dios:

"Nuestro amor mutuo ha de ser tal, que procuremos por los medios a nuestro alcance atraernos mutuamente por la solicitud del amor, para tener a Dios con nosotros. Este amor nos lo da el mismo que dice: 'Como yo os he amado, para que así vosotros os

améis recíprocamente'. Por esto Él nos amó, para que nos amásemos mutuamente, concediéndonos a nosotros por su amor el poder estrechar con el amor mutuo nuestro lazo de unión; y así enlazados los miembros con un vínculo tan dulce, seamos el cuerpo de tan excelsa Cabeza" (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 65,2).

San Agustín, aceptando siempre las formulaciones clásicas de la amistad, las ha llenado de sentido cristiano, para darnos, finalmente, la que podríamos decir es su propia definición de *verdadera amistad*.

ACEPTACIÓN DE LAS FÓRMULAS CLÁSICAS DE LA AMISTAD

La conversión a la fe cristiana supondrá en muchos aspectos del pensamiento de Agustín un viraje total. Quizá sea en el campo de la amistad donde menos haya tenido que corregir, tanto en el plano ideológico como en el de la experiencia, puesto que casi todo lo que había aprendido sobre la amistad en los viejos filósofos griegos y romanos y lo que él mismo había vivido a lo largo de su vida, continuaba teniendo plena validez y vigencia en las nuevas perspectivas. Considera válidas las diversas definiciones clásicas de amistad, a condición de que sea el Dios cristiano quien les comunique esa plenitud. Recordemos las más frecuentemente usadas por él.

Acuerdo benevolente y amoroso. La amistad es definida por Cicerón como "*un acuerdo benevolente y amoroso en todos los asuntos divinos y humanos*" (*op. cit.*, V,2). La fórmula que le había servido a Agustín, antes de su conversión, para arrastrar a otros hacia sus creencias, le serviría, una vez convertido, para arrastrar a la nueva fe a cuantos habían recorrido con él sus mismos caminos equivocados. Así se lo dice a un viejo amigo que había comenzado a serlo "de verdad", al hacerse cristiano y compartir con él su misma fe:

"He escapado, o mejor, me he escabullido y, en cierto modo, me he sustraído a mis muchas ocupaciones para escribirte a ti, viejo amigo mío, a quien no poseía, durante el tiempo en que no te poseía en Cristo. Ya sabes cómo definió la amistad Tulio, 'el máximo exponente de la elocuencia romana', como dijo alguien. Dijo, y con toda verdad, que 'la amistad es el acuerdo en las cosas divinas y humanas con benevolencia y caridad'...

Doy, pues, gracias a Dios porque al fin se ha dignado hacerte amigo mío. Ahora sí que hay entre nosotros acuerdo en las cosas divinas y humanas con benevolencia y caridad en Jesucristo nuestro Señor. El cual recapituló todos los oráculos divinos en dos preceptos, diciendo: '*Amarás al Señor tu Dios...; y al prójimo como a ti mismo*'. En el primero hay acuerdo en las cosas divinas, y en el segundo en las cosas humanas, con benevolencia y caridad. Si mantienes conmigo firmemente los dos, nuestra amistad será auténtica y sempiterna" (*Carta* 258, 1-4).

Hay que hacer notar que no tiene reparo alguno en utilizar la fórmula

ciceroniana para definir la plena amistad, y que el Dios, origen y hacedor de la verdadera amistad, es –en ese cristocentrismo tan característico suyo– el propio Cristo, que va a ser no sólo fuente y dador de la amistad, sino también garantía de fidelidad entre los amigos.

Amistad viene de amor. También esta fórmula la toma Agustín de Cicerón, para quien "el amor, del cual se origina el nombre amistad, es lo primero a la hora de practicar la benevolencia" (op. cit., VIII, 26). San Agustín completará el pensamiento clásico, que estaba condenado a la frustración por las perspectivas de finitud e infidelidad, aunque siempre será verdad que la amistad consiste en el amor mutuo. Así lo recogen estos dos pasajes, de inspiración ciceroniana, que pueden ser considerados como auténticas definiciones:

"La verdadera amistad no se mide por intereses temporales, sino que se disfruta con amor gratuito y trae su origen en aquella república celestial cuyo rey es Cristo" (*Carta 155, 1*) Y, en otra obra, se pregunta: "¿qué otra cosa es la amistad cuyo nombre viene de amor y nunca es fiel sino en Cristo, en el cual solamente puede ser eterna y feliz?" (*Réplica a las dos cartas de los pelagianos 1,1,1*).

Vida virtuosa y semejanza en las costumbres. Más que definiciones de amistad, estas dos expresiones han de ser consideradas como condición o fundamento de la misma. "Son amigos –había afirmado Aristóteles– los que tienen los mismos sentimientos y viven igualmente una vida virtuosa" (op. cit., VIII, 5, 1156b). Cicerón, por su parte, exigirá igualdad en "las costumbres y en la virtud" (op. cit., VIII, 27). Fiel al pensamiento clásico, afirma Agustín: "La amistad de unas almas con otras se fundamenta en la semejanza de las costumbres" (*Comentario literal al Génesis . Incompleto, 16, 59*).

El amigo es como otro yo. Esta fórmula es un lugar común en todo el pensamiento clásico. Según Cicerón, habría sido Pitágoras el primero que habría definido así al amigo (cf. *De officiis*, I, 50) Él, a su vez, nos dice que el verdadero amigo es aquel que "es como otro yo" (*Laelius de amicitia*, XXI, 80). San Agustín emplea muchas veces esta expresión, sobre todo, en su correspondencia epistolar, al dirigirse a sus amigos más íntimos. Escribe a Profuturo: "Puesto que eres como otro yo, ¿qué podré decirte con mayor placer que lo que me digo a mí mismo?" (*Carta 37,1*). De Alipio afirma, escribiendo a san Jerónimo: "Quien nos conozca a ambos diría que somos dos, más que por el alma, por solo el cuerpo, tales son nuestra concordia y fiel amistad" (*Carta 28, 1*).

El alma del amigo se hace una con el alma del otro. La fórmula guarda una estrecha relación con la anterior, pero en ésta se va más allá, puesto que ahora se expresa una real identificación de las almas de quienes se dicen y son amigos. Aristóteles nos la ofrece en este pasaje: "¿Qué es un amigo? Un alma en dos cuerpos" (*Ética a Eudemo, 1240b*). Entre los latinos, Horacio define al amigo como "la mitad de mi alma" (*Carmina 1,3*). Cicerón dice que "el amigo es otro yo" (*Laelius de amicitia*, XXI, 81). Quizá sea ésta, entre todas las fórmulas clásicas, la que aflora con más frecuencia a la pluma de san

Agustín.

"Yo sentí que mi alma y la suya no eran más que una en dos cuerpos", dice, refiriéndose al amigo anónimo (*Confesiones*, 4,6,11). "De muchas almas se hacía una sola", comenta al hablar del grupo de amigos de Cartago (*Ibíd.*, 4,8,13). "Lo primero por lo que estáis reunidos es para tener un alma sola y un solo corazón", afirma en el primer párrafo de la Regla dedicada a sus monjes (*Regla a los siervos de Dios* 1,3). "Siendo tú –escribe a su amigo Severo– como otra alma mía, o mejor, siendo una tu alma y la mía..." (*Carta* 110,4).

Los amigos poseen todo en común. Una vez más los textos clásicos resonaban en su interior, cuando describía el proyecto laico de vida en común que pretendió llevar a cabo en Milán, "con unos diez amigos", antes de su conversión: "En virtud de la amistad no habría cosa de éste ni de aquél, sino que de lo de todos se haría una hacienda común y el conjunto sería de cada uno y todas las cosas de todos" (*Confesiones*, 6,14,24). Precisamente, cuando escriba la Regla, tendrá esto muy presente al marcar otra de las finalidades de su proyecto monástico: "... y para no considerar nada como propio, sino tener todo en común" (*Regla a los siervos de Dios*, 1,3) . ¿Cómo no iba a recordar el pasaje ciceroniano de que "*los amigos moralmente perfectos han de poner en común todos sus bienes, proyectos y deseos sin excepción alguna*"? (*Laelius de amicitia*, XVII,61).

LA VERDADERA AMISTAD, SEGÚN SAN AGUSTÍN

Encontramos la definición de la *verdadera amistad* entre las bellas y emocionadas páginas dedicadas al llamado "amigo anónimo". Ellas nos transmiten con fidelidad los más limpios sentimientos que embargaron a Agustín con motivo de su pérdida y, al mismo tiempo, la reflexión teológica a que somete los hechos, para concluir diciéndonos lo que es para él la *verdadera amistad*. A la luz de Romanos 5,5, la amistad ha de ser entendida, ante todo, en su dimensión trascendente, sin perder, por ello, nada de su expresión y contenido humanos. Puesto que la amistad cristiana, convertida en *caridad* por el "*Espíritu Santo que se nos ha dado*", continuará siendo *amistad*, es decir, *plena y verdadera amistad*. Orando, se lo dice al Señor:

"En aquellos días, al tiempo en que por vez primera abrí cátedra en mi ciudad natal, adquirí un amigo, a quien amé sobremanera por haber sido condiscípulo mío, de mi misma edad y hallarnos ambos en la flor de la juventud. Juntos nos habíamos criado de niños, juntos habíamos ido a la escuela y juntos habíamos jugado. Mas entonces no era tan amigo como lo fue después, aunque tampoco después lo fue tanto como exige la *verdadera amistad*, puesto que no hay *amistad verdadera* sino entre aquellos a quienes Tú unes entre sí por medio de la caridad, derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (*Confesiones*, 4,4,7).

El texto es verdaderamente antológico. Sin pretenderlo, quizá, san

Agustín nos ha dado en las últimas palabras la definición más hermosa y completa de lo que él entendía por "*verdadera amistad*", "*amistad plena y perfecta*" o "*amor de amistad*", expresión con que la designa otras veces, desde el punto de vista cristiano. Vale la pena hacer un breve análisis de la misma.

Anotaríamos, ante todo, el reconocimiento implícito que hace de la radical validez de su amistad con aquel joven, que, sin embargo, no era "*verdadera*" (completa), ya que "no era tan amigo como exige la verdadera amistad". Por eso mismo, el adjetivo *verdadera* del texto no tiene como antónimo *falsa*, sino *incompleta*, que será el que le merezcan la mayor parte de sus amistades de antes de su conversión (*Carta 258, 2-4. Las Revisiones 1,2*); solamente algunas de ellas serían tildadas de *amistad enemiga* (falsa) (cf. *Confesiones, 2,9,17; 3,1,1*).

El texto, además, nos permite afirmar que, para Agustín, los aspectos más humanos y nobles de la amistad que existieron en su relación amistosa antes del encuentro con la verdad cristiana no debían quedar fuera del concepto de la *verdadera amistad*. Ésta echa sus raíces en lo más humano del hombre, para cobrar dimensión plena y grandeza total cuando el Espíritu Santo derrama su amor (*ágape*) en el corazón de los que se dicen amigos. Y es que Agustín no se mueve en un ambiente artificial, desencarnado o falsamente místico, que pudiera haberse creado después de su conversión. No era él hombre de renunciar en el campo de la amistad a lo que consideraba, y lo era de verdad radicalmente válido, y que con la sola apertura a la acción benéfica de Dios, podía pasar a ser auténtico valor cristiano. Esto mismo explica, y confirma, que no renunciase a ninguna de las definiciones clásicas, según hemos visto.

Así pues, según san Agustín, para vivir la amistad con plenitud hay que hacerlo desde la fe en el Dios cristiano; lo mismo que para vivir plenamente la fe cristiana hay que hacerlo desde el "*amor mutuo*" (amistad). Agustín, además, nos dice que todo esto es don gracioso del mismo Dios y que al hombre le incumbe la acogida desde la propia libertad:

"Nuestro *amor mutuo* ha de ser tal, que procuremos por los medios a nuestro alcance atraernos mutuamente por la solicitud del amor, para tener a Dios con nosotros. Este amor nos lo da el mismo que dice: 'como yo os he amado, para que así vosotros os améis recíprocamente'. Por esto Él nos amó: para que nos amásemos mutuamente, concediéndonos a nosotros por su amor el poder estrechar con el amor mutuo nuestro lazo de unión; y así, enlazados los miembros con un vínculo tan dulce, seamos el cuerpo de tan excelsa cabeza" (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan, 65,2*).

PARA EL DIÁLOGO

- ¿Qué aspectos o notas de la *amistad agustiniana* consideras más importantes para hoy?
- ¿Es necesario que las personas para que sean verdaderamente amigos lo sean también de Dios?

- ¿Qué puede añadir la fe cristiana a la amistad humana?

3. AGUSTÍN DE HIPONA, UNA VIDA INTERPRETADA EN CLAVE DE AMISTAD

Pocas personas en la historia de la humanidad habrán vivido más apasionadamente la amistad. No importa que entre Agustín y nosotros nos separen dieciséis siglos; el mensaje de su doctrina y mucho más el que brota de su vida no ha perdido ni actualidad, ni vigencia, ni frescura hasta nuestros días. Leer su vida en clave de amistad es descubrir una de las coordenadas que mejor lo definen. Las *Confesiones* constituyen la fuente casi exclusiva de información hasta su conversión; después acudiremos, sobre todo, a su epistolario.

DE LA NIÑEZ HASTA SU CONVERSIÓN

Es significativo que los primeros recuerdos que guarda de su niñez vayan ligados a los pequeños amigos, compañeros de escuela y de juegos. Por la amistad y por todos los dones que el Señor le regaló en esa edad, dirá, agradecido: "Gracias te sean dadas a ti, Señor, excelentísimo y óptimo creador y gobernador del universo, aunque sólo te hubieses contentado con hacerme niño... Me deleitaba la amistad... Todas estas cosas son dones de mi Dios" (*Confesiones* 1,20,31).

Sus primeros años de adolescencia se abren con estas palabras: "¿qué era lo que me deleitaba, sino amar y ser amado? Pero no guardaba modo en ello, yendo de alma a alma, como señalan los términos luminosos de la amistad" (*Confesiones* 2,2,2). Sin embargo, el "no guardar las reglas de la verdadera amistad" en el ansia de "amar y ser amado" es lo que desaprobará tras su conversión. En todo caso, Agustín se define ya desde ahora como un buscador de amigos, que en esta primera etapa de la adolescencia son, sobre todo, compañeros de travesuras que él denunciará con vehemencia. Comentando el robo de unas peras hace una reflexión reveladora: "En el hurto amé la compañía de los que conmigo lo hicieron... La verdad es que yo solo no hubiera hecho aquello... ¡Oh amistad enemiga, seducción inescrutable del alma, ganas de hacer mal por pasatiempo y juego!" (*Confesiones*, 2,8,16 y 9-17).

"Amar y ser amado era la cosa más dulce para mí" (*Confesiones*, 3,1,1) volverá a repetir al referirse a la segunda etapa de la adolescencia, vivida en Cartago, a donde se había trasladado para cursar los estudios superiores. Un "amar y ser amado" que iba más allá de los instintos pasionales propios de la pubertad, que le llevarían incluso a unir su vida a la de una joven liberta, a la que, por cierto, guardó absoluta fidelidad. Se refería también, en efecto, a la imperiosa necesidad de sentirse rodeado de amigos, que, de hecho, no le faltaron, aunque con ellos no intimara demasiado. "Andaba con ellos – dice – y me gozaba con sus amistades, pero odiaba las cosas que ellos hacían" (*Confesiones*, 3,3,5).

Vuelto a su ciudad natal, una vez terminados los estudios, abre una

escuela de gramática; los alumnos serán sus mejores amigos. Entre todos descuella el que ya conocemos como "el amigo anónimo", del que Agustín nos habla larga y emocionadamente en el libro IV de las *Confesiones*. Las páginas que dedica a este "amigo del alma" con motivo de su temprana e inesperada muerte, son de un lirismo sin par en la literatura universal de la amistad. Ya hemos citado anteriormente el pasaje inicial en que quedaba engastada la definición de *verdadera amistad*. Ello no hace menos válidos y nobles los sentimientos que expresa a continuación:

"¡Con qué dolor –escribe– se entenebreció entonces mi corazón! Cuanto miraba era muerte para mí. La patria me era un suplicio, y la casa paterna un tormento insufrible, y cuanto había comunicado con él se me volvía sin él tormento cruel.. Le buscaban mis ojos y no aparecía... Sólo el llanto me era dulce y ocupaba el lugar de mi amigo en las delicias de mi corazón" (*Confesiones*, 4,4,9).

Y con una vivísima conciencia de que aquel amigo había sido para él "la otra mitad de sí mismo", se maravillaba de que "habiendo muerto él, viviera yo que era otro él. Bien dijo alguien que el amigo era la mitad de su alma. Porque yo sentí que mi alma y la suya no eran más que una en dos cuerpos, por eso, me causaba horror la vida, porque yo no quería vivir a medias, y al mismo tiempo temía morir, porque no muriese del todo aquel a quien yo había amado tanto" (*Confesiones*, 4,6,11).

Ahora bien, el hecho de que tanto tiempo después de estos hechos nos diga que "apenas si se han suavizado las heridas" es una prueba de hasta qué punto esta amistad había penetrado en lo más hondo de su ser.

Roto en lo más íntimo de sus sentimientos por la pérdida de aquel amigo entrañable, huye de Tagaste a Cartago, con el fin de que "sus ojos buscasen menos al amigo donde no solían verle" (*Confesiones* 4,7,12). Precisamente en la gran metrópoli africana serán los amigos –viejos y nuevos amigos– los que le ayudarán a superar la profunda crisis. Del grupo que llegaron a formar trazará este precioso retrato:

"Otras cosas había que cautivaban más fuertemente mi alma con ellos, como era el conversar, reír, servirnos mutuamente con agrado, leer, juntos, libros bien escritos, bromear unos con otros y divertirnos en compañía; discutir a veces, pero sin animosidad, como cuando uno disiente de sí mismo y con tales disensiones, muy raras, condimentar las muchas conformidades; enseñarnos mutuamente alguna cosa, suspirar por los ausentes con nostalgia, recibir con alegría a los que llegaban. Con estos y otros signos semejantes que proceden del corazón de los que se aman..., nuestras almas se derretían y de muchas se hacía una sola" (*Confesiones*, 4,8,13).

El año 383 Agustín, deseoso de cosechar triunfos en el corazón del Imperio, se hacía a la mar rumbo a Roma, y de aquí, no mucho después, a Milán. Pues bien, hasta allí le iban a seguir también varios de sus amigos

africanos; a ellos se les añadirían otros nuevos en la capital imperial. Todos querían convivir con él en la más estrecha intimidad. "Tengo –dice refiriéndose a aquellos días– numerosos e importantes amigos... Sin ellos –añade más adelante– yo no podría sentirme feliz... Yo los amaba desinteresadamente y me sentía amado por ellos con el mismo desinterés" (*Confesiones* 6,11,19 y 16,26). De hecho, en aquel ambiente amigo, un buen día surgió un hermoso proyecto de vida comunitaria:

"También muchos amigos, hablando y detestando las turbulentas molestias de la vida humana, habíamos pensado, y ya casi decidido, apartarnos de las gentes y vivir en un ocio tranquilo. Este ocio lo habíamos trazado de tal manera que todo lo que tuviésemos o pudiésemos tener lo pondríamos en común y formaríamos con ello una hacienda familiar, de tal manera que, en virtud de la amistad, no hubiera cosa de éste ni de aquél, sino que de lo de todos se haría una cosa, y el conjunto sería de cada uno y todas las cosas de todos. Seríamos unos diez hombres los que habíamos de formar tal comunidad" (*Confesiones*, 6,14,24).

¿Qué fue de este proyecto? Añade él a continuación que, "al discutir si vendrían en ello o no las mujeres que algunos tenían ya y otros pretendían tener (era su propio caso), todo aquel programa se desvaneció entre las manos, se hizo pedazos y fue desechado" (*Confesiones* 6,14,24). En todo caso, el intento, que llevaba la marca de "*la amistad*", era sumamente revelador y elocuente en orden a mostrarnos lo que había sido la más intensa de sus vivencias hasta su conversión, y que, además, iba a estar muy presente en la base del más importante de sus proyectos a partir de aquel momento. Es lo que veremos en el siguiente apartado.

DESDE SU CONVERSIÓN HASTA SUMUERTE

La conversión a la verdad cristiana junto con la decisión de consagrarse por entero al Señor, en el año 386, suponen, en muchos aspectos de la vida de Agustín, un viraje total. Pero acaso sea en el campo de la amistad donde menos haya tenido que corregir. Casi todo lo que él había aprendido en los grandes pensadores griegos y romanos, y lo que él mismo había pensado y vivido a lo largo de su vida, continuaba teniendo plena validez en la nueva perspectiva cristiana.

Precisamente el proyecto laico de vida en común en clima de amistad, que había fracasado, como acabamos de ver, tendrá oportunidad de ensayarlo unos meses más tarde en la finca de Casiciaco, situada en los alrededores de Milán, mientras se preparaba para el bautismo, en compañía de un grupo de amigos, de su madre y de otros familiares. En aquel rincón apacible todo contribuía a que Agustín y los suyos comenzasen a poner en práctica su acariciado sueño de vida en común. La oportunidad de ensayar un proyecto de vida común, iluminado por la verdad cristiana y por su decisión de consagrarse por entero al Señor (cf. *Confesiones*, 8,12,30. Véase *Soliloquios*, 1,1,5), no podía ser mejor.

Por otra parte, los escritos de aquellos días vividos en Casiciaco, al tiempo que marcan el inicio de su prodigiosa actividad literaria, abundan en

pasajes y testimonios de lo que continuaba siendo para él la amistad y los amigos. Con los amigos presentes, goza en la intimidad de su compañía; a los ausentes dirige varias cartas o dedica alguna de sus obras. En la dedicatoria de una de éstas dice al influyente amigo Manlio Teodoro: "Quiero decirte que me ames, para que yo, a mi vez, te corresponda con el mismo afecto. Pues si lo consigo creo que fácilmente alcanzaré la vida feliz" (*La vida feliz* 1,5). Repárese dónde se encuentra para él el fundamento de la "vida feliz". Y en los *Soliloquios*, escritos también durante su estancia en la finca del amigo Verecundo, encontramos este pasaje, en el que dialogan Agustín y la Razón:

R. -"Y ahora dime: ¿por qué quieres que vivan o permanezcan contigo tus amigos, a quienes amas?"

A. -Para buscar en amistosa concordia el conocimiento de Dios y del alma". De este modo, los que primero llegasen a la verdad podrían comunicarla sin trabajo a los otros.

R. -¿Y si ellos no quieren dedicarse a estas investigaciones?"

A. -Los animaré a que se dediquen.

R. -¿Y si no puedes lograr tu deseo, ora porque ellos se creen en posesión de la verdad, ora porque tienen por imposible su hallazgo o andan con otras preocupaciones?"

A. -Entonces gozaré de su convivencia y ellos de la mía, según podamos" (*Soliloquios* 1,12,20).

En aquellos momentos tanto significaban los amigos para Agustín que, de las tres cosas que más le afectarían, la primera de todas sería precisamente la pérdida de ellos:

A. -"En el actual momento sólo tres cosas me afectarían: el temor a perder los amigos, el miedo al dolor y a la muerte.

R. -Amas, pues, la vida de tus amigos y la buena salud y la vida temporal del cuerpo, ya que de lo contrario no temerías aquellas cosas.

A. -Confieso que así es.

R. -Luego ahora el no hallarse presentes algunos de tus amigos y el no ser satisfactoria tu salud, constituye una enfermedad para tu alma, ¿no es cierto?"

A. -No puedo negarlo.

R. -Y si de improviso experimentases una mejoría corporal y vieras aquí a todos tus amigos disfrutando de tu libre reposo, ¿no te holgarías dando rienda suelta a tu alborozo?"

A. - Con toda certeza. Sobre todo, si, como dices, todo viene de improviso, ¿cómo podría yo dominarme o dominar mi alegría?" (*Soliloquios*, 1,9,16).

Pues bien, recibido el bautismo de manos de san Ambrosio la noche de Pascua del 387, el deseo de hacer realidad el proyecto de vida en común con sus amigos le llevará de vuelta a su ciudad natal, en la que, efectivamente, lo encontramos en 388 "*viviendo en compañía de los que se le habían unido estrechamente*", en expresión de Posidio, su primer biógrafo y uno de los que se le unieron desde el primer momento (*Vida de San Agustín*, 3). Y como si

éste quisiese compendiar lo que fue su propia vida de allí en adelante, dice al final de su obra: "*a él me unió por espacio de cuarenta años una amistad concorde y dulce*" (*Vida de San Agustín*, 31).

La intensidad con que Agustín vivía la amistad se hace patente, sobre todo, en su correspondencia epistolar, tanto con quienes habían convivido con él en el monasterio como con otros amigos o conocidos de fuera. Así, escribiendo al sacerdote Novato, dice: "los que conmigo viven me están unidos con una máxima y dulcísima amistad" (*Carta* 84,1). A Alipio, compañero de primera hora en el monasterio y después obispo en Tagaste, se refiere con expresiones como éstas: "el hermano de mi corazón", "mi otro yo", "en cuyo pecho sabes que habito" (cf. *Confesiones*, 9,4,7; *Carta* 20,1; *Carta* 28,1,1). A Severo, que ya había sido amigo de infancia y después miembro de su comunidad monástica, lo llamará un amigo de ambos "la otra mitad de Agustín" (*Carta* 270).

Pero es que, además, todos los miembros de sus comunidades monásticas, como hermanos-amigos que eran, debían recibir en calidad de tales a cuantos viniesen a llamar a las puertas del monasterio. Es ésta una de las instrucciones que aparece en la primera de las obras que escribe al comienzo de su experiencia monástica:

"No se ha de rechazar la amistad de quien quiere hacerse amigo nuestro... y debe ser tratado de tal manera que pueda ser recibido de hecho... Y si hay alguien que no se atreve a hacerse amigo, porque le asusta nuestro prestigio y dignidad, hay que abajarse hasta él y ofrecerle con afabilidad lo que no osa pedir por sí mismo" (*Ochenta y tres cuestiones diversas*, 71,6).

Amor amigo que se ofrece y que reclama *reciprocidad*, como algo logrado o hacia lo cual se tiende con esfuerzo. Una amistad que une en un sentido muy real las "*almas y corazones*" de quienes se dicen amigos, de tal manera que, en el monasterio, "tu alma no te es propia sino de todos los hermanos, cuyas almas son tuyas también, o mejor, cuyas almas con la tuya no son varias, sino una, la única de Cristo" (*Carta* 243,4). Así se lo decía a un joven que quería saber cómo era la vida en su comunidad. El gozo que le producía todo aquello queda reflejado en el comentario que hace al salmo 132, al hacer particularmente tuyas estas palabras: "¡Cuán bueno y deleitable es habitar los hermanos en unión!" (*Comentarios a los Salmos* 132,2).

Efectivamente, a sus monjes los quiere viviendo la "unión de almas y corazones" ("*verdadera amistad*") de un modo especial; es lo que dice al comienzo de la *Regla a los siervos de Dios*, que escribe para ellos. En ella enlaza esta preciosa joya que expresa el gran objetivo final de su proyecto:

"Lo primero por lo que os habéis reunido en comunidad es para habitar unánimemente en la casa, para tener un alma sola y un solo corazón hacia Dios y para no considerar nada como propio, sino poseer todo en común" (*Regla a los siervos de Dios* 1).

La triple finalidad aquí apuntada, definición global de la amistad, constituye el ideal supremo de sus monjes y, como valor netamente evangélico, también absolutamente necesario en toda vida cristiana, dado que el "*amaos unos a otros*" es norma para los creyentes sin distinción alguna.

Por lo demás, son innumerables los pasajes en los que san Agustín vuelve, una y otra vez, sobre la amistad, como si fuera una auténtica sinfonía en toda su vida y su obra. Una amistad que le une estrechamente a quienes comparten su mismo proyecto de vida en común y también a quienes, fuera del monasterio, se cruzaron con él por diferentes caminos. Una cosa aparece siempre clara: para ser verdaderamente amigos suyos quienes aspirasen a serlo, les era necesaria la fe en Cristo.

PARA EL DIÁLOGO

- ¿Qué capítulos de la vida de san Agustín crees encierran una pedagogía más actual acerca de la amistad?
- ¿Qué aspectos de la *amistad agustiniana* te parecen más vulnerables a la crítica?
- Señalar, entre todos, las reglas de la verdadera amistad.

Concluyendo: los monjes, los cristianos y todos los hombres, son los que san Agustín tiene presente en estos pasajes:

"En este mundo hay dos cosas necesarias: la salud y una persona amiga" (*Sermón Denis* 1). "¡Feliz el que te ama a ti, Señor; y ama al amigo en ti, y al mismo enemigo por ti!" (*Confesiones*, 2,9,14). En todo caso, este amor heroico al enemigo (caridad) quiere él que se transforme cuanto antes en amistad; la oración tiene el poder de hacerlo: "rezaste por él, perdiste un enemigo y a la vez conseguiste un amigo" (*Sermón* 105 A,2). "Ámalo –dice en otra ocasión– para poder ganarlo como hermano y amigo" (*Sermón* 359,9) "¿Qué consuelo mejor hallamos, entre las agitaciones y penalidades de la sociedad humana, que la confianza sincera y el mutuo amor de los buenos y auténticos amigos?" (*La Ciudad de Dios* 14,8).